

**CULTURAS, HECHURAS Y HECHIZO
EN LA CIUDAD FALLIDA. SEVILLA**

José Ramón Sierra Delgado¹

¹ El texto completo de esta conferencia, junto con sus correspondientes dibujos, se recoge en el número 20, año 2025, de la revista NEUTRA, del Colegio de Arquitectos de Sevilla.

Se propone un recorrido genérico y selectivo de la historia de la ciudad identificando componentes ideológicos y argumentales sobre los que se ha construido, y se construye, la mayor parte de las visiones del legendario complejo urbanístico, económico y social que entendemos como Sevilla. Desde cuestiones que tratan sobre caracteres urbanos de conjunto y planteamientos básicos a otros aspectos arquitectónicos precisos más propios de realidades particulares pero igualmente significativas. Entre los primeros se citan la presencia sucesiva de sistemas contradictorios de planimetría urbanística pertenecientes, unos, a la cultura romana y otros a la tradición islámica y al misterio implícito en el muy desigual destino de sus correspondientes legados, entre su casi completa desaparición y su persistente permanencia en la configuración de la ciudad contemporánea, por encima y por debajo de una continuada serie ininterrumpida de episodios violentos y otros no tanto, casi pacíficos, de compleja y dificultosa sobrevivencia, de invasiones y ocupaciones sucesivas, de tomas y dacas. Continuo mestizaje de comunidades distintas que la construyeron y la amaron a su manera y armaron poco a poco el difícil aglomerado para el cual nosotros inventamos la idea de *laberinto*. La ciudad de las doce invasiones de dominio y ocupación bajo las armas y los fuegos. y también en los vaivenes de las tendencias, influencias culturales y reflejos miméticos. Así se proponen momentos inaugurales de esta azarosa historia para hilvanar el relato de sus ideas, momentos de éxito y embeleso. momentos de pérdida y abandono. Momentos de hechizo.

Noches y chozas mitológicas en la ribera trianera; tristes abandonos visigodos y almohades; ferias de reventa ganadera... La ciudad de las casas como santuarios inviolables, la calle como estricto camino, la entrada secreta, quebrada. La enorme y anómala extensión del recinto murado repleta de usos agrícolas, huertas y viñas; la predominancia de una arquitectura particular en el panorama andaluz que era la misma de la de los poblados de alrededor, y el propio carácter de esa arquitectura, que es a la que hemos llamado arquitectura corralera o acorralada. Una escueta, sobria, arquitectura tapiada. Sin ventanas. Sin patios. Tapias y corrales. Esa es, fundamentalmente, la arquitectura de la

que estaba hecha Sevilla, la Sevilla que, a través de tortuosos caminos, hemos llegado a conocer. Todavía quedan, perdidas por el llamado centro histórico, tapias de vacíos y casas de una planta.

Se reconoce la conexión de Sevilla con su rica comarca agrícola como uno de los principales factores de su desarrollo histórico, en continuidad con los tiempos antiguos. Esa actividad dio uso y soporte al único puerto fluvial peninsular, verdadero germen y motor de la ciudad y alimentó su alternancia demográfica. Lo que eran procesos relativamente normales de aumentos y pérdidas de población de cualquier otra ciudad andaluza, serían percibidos, en el caso sevillano, en referencia al enorme recinto urbano medio vacío siempre presente. Y esta referencia, junto a su consideración de puerto seguro y bien provisionado, fueron determinantes en la designación de Sevilla como domicilio de la Casa de Contratación de Indias, que trastocaría su evolución hasta convertirla en la mayor ciudad de Europa en el s. XVI y centro mercantil continental.

Una omnipresente actividad terciaria inundó la ciudad poco a poco, y por encima de los altibajos demográficos, puede detectarse una paradójica ocupación progresiva de la ciudad medio llena, rellenando lugares vacíos. Desde 1649, el año maldito de la peste, donde se perdió casi la mitad del vecindario, y que repetía otra peste negra anterior de 1348, Sevilla no ha sido capaz de detener su propia sangría poblacional, en un largo e inexorable decaimiento.

Se señala cómo desde el momento de la conquista castellana la ciudad inició, o continuó, un largo proceso de adaptación de su sustancia esencial, que era su propia arquitectura popular rural de mínima densidad, para convertirla en la materia con la que ir resolviendo los distintos programas funcionales que fueron surgiendo de inmediato, como exigencia de su adaptación a una nueva sociedad extraña, aunque hechizada por la conquista. Esa adaptación fue produciendo una inexorable tendencia de ocupación y colmatación de los espacios abiertos existentes, que no culminaría sino seis siglos más tarde para constituir uno de los caracteres más significativos de la construcción de la ciudad moderna.

El destino conventual llegó a alcanzar pronto una notable predominancia, como medio de control territorial, y por la necesidad de concentrar en una ciudad la organización de las remesas de religiosos para ser exportadas a las nuevas posesiones en destino político, cultural y misionero. Se propone identificar cuatro mecanismos urbanísticos como los episodios esenciales de respuesta desde la arquitectura corralera al programa conventual. Pero la larga y compleja decantación de la ciudad de los conventos no parece haber

afectado a la propia evolución de la estructura urbana, condicionada por las consecuencias de su continuada fagocitación del espacio abierto existente a su alrededor. Ni el convento ni, después, el barroco aparecen como fuerzas capaces de interferir en profundidad en los procesos de formación y deformación de esta ciudad. El universo conventual estará finalmente ligado, en esencia, a los acontecimientos provocados por la ocupación francesa y su rechazo higienista, y militar, del laberinto de callejuelas que seguía siendo Sevilla. Procesos que fueron continuados desde la cultura ilustrada por las desamortizaciones del XIX, con consecuencias en las hechuras urbanas que, sin embargo, tras largos intercambios de comunidades religiosas y recolocaciones funcionales, continúan produciendo una ciudad conventual residual todavía con suficiente potencia urbanística y urbana, hoy día. En este contexto decimonónico de descomposición y precariedad, se produce el romántico redescubrimiento europeo y americano, tercer hechizo, en parte como antesala del periplo norteafricano que comenzaba en Despeñaperros. Esta es la presencia conventual que ha llegado, casi intacta, hasta nosotros, plena de incógnitas y dificultades que nos reclaman nuevas lecturas y entendimientos.

Se postulan los siglos XV y XVI como los tiempos “americanos” de la ciudad, que, a veces, inexplicablemente, se han intentado entender como “italianos”, como destino casi estelar que le hizo soñar con un nuevo oficio que, definitivamente, la alejaría para siempre de la triste e inmemorial dependencia de su entorno agrícola. Entendimiento cultural que es objeto de una dura crítica arquitectónica. Ninguna relación puede reconocerse entre estos claustros y los italianos, renacentistas, manieristas o barrocos. Esta pobre arquitectura de rigurosa estirpe popular, de inexistente cultura arquitectónica más allá de una persistente tradición local de maestros de obras y albañiles, era la que había hecho la ciudad. Otros patios enclaustrados resolvieron los tipos de las casas grandes por estricta y obligada conveniencia económica constructiva. La misma arquitectura corralera que durante seis siglos se mantuvo, alimentándose de los vacíos alrededor de los que había nacido, no llegó hasta agotar casi por completo ese alimento hasta el siglo XIX en un muy poco documentado proceso de reinención y supervivencia de una ciudad herida y mortecina, obligada a ser, de nuevo, rara y mitológica ave que se alimenta de sus heridas. De esta manera, en el XIX Sevilla alcanza, por primera vez, a llenar por completo el recinto amurallado desde tanto tiempo antes ocupado. Y ese suelo urbano pasa a ser, por primera vez, un bien escaso y, por tanto, caro.

Se propone reconocer este hecho estructural como una nueva y penúltima transformación de esa arquitectura popular, de la que ya se había originado la arquitectura conventual, las casas grandes y los corrales de vecinos,

produciéndose paulatinamente otra nueva y distinta que culminará en el S. XIX con la llamada casa patio, que, de ninguna manera puede ser, como ha sido, considerada como el tipo universal de la casa sevillana. Se describen sus caracteres arquitectónicos y urbanísticos. Una casa de extrema supervivencia, fría y calurosa, lóbrega y mal ventilada, mal dotada de servicios, mal zonificada y sin privacidades.

El siglo XIX verá también la discreta aparición de una nueva clase social emergente, la de la pequeña burguesía de las clases medias de nuevos profesionales, que no encontró en la ciudad ninguna arquitectura en la que reconocerse y asumir como propia. De este conflicto surge la casa romántica sevillana, la de los patios amacetados que se ven desde la calle y que Isabel II copió en el Alcázar. Otras diferencias esenciales pueden observarse atendiendo sus genealogías. Pues mientras la casa patio procede en gran medida del viejo parcelario del laberinto, la casa romántica fue frecuentemente producto de la edificación de los reparcelamientos y loteos de los grandes solares de antiguos conventos desamortizados que naturalmente fueron parcelados con las geometrías más sencillas posibles.

Esta fue la ciudad que abandonaron a su suerte los sevillanos durante los años posteriores a la guerra civil del s. XX, aunque ese abandono había comenzado ya en los años previos. No fue el abandono almohade, pero fue un abandono importante, curiosamente acompañado de considerables caídas del precio del suelo, y casi sin valer nada la construcción que pudiera soportar. Años oscuros donde se promovieron y ejecutaron las mayores destrucciones masivas y singulares del patrimonio arquitectónico que aún quedaba, malherido, como residuo del laberinto que también se intentó corregir y que, asustados ante la envergadura del intento fue abandonado, aumentando así las heridas del parcelario machacado. El laberinto del callejeo y el laberinto de una ciudad perdida, sin destino, sin oficio, sin trabajo al que dedicarse. ¿Volver al campo? La ciudad de los primeros ayuntamientos democráticos, ya con el viejo laberinto muy redimensionado, en su percepción relativa al interior de una ciudad crecida de gruesos bordes urbanizados, alcanzando el triple de la superficie amurallada, pero siempre sin alcanzar los setecientos mil vecinos que observan perplejos los veloces crecimientos de otros núcleos inmediatos. Todavía con gran parte de su arquitectura popular que había sido y todavía era carne y alma de su persona. Una arquitectura pobre, sobria, escueta, rigurosa, muy cerrada, blanca y cálida, peculiar y diferente en Andalucía y acostumbrada a servir. Una arquitectura paradójicamente tan cerca en algunos aspectos a algunas otras de las arquitecturas más domésticas del movimiento moderno, que es frío, abierto y calvinista, norteño.

Del pactado destino de la nueva capitalidad andaluza llegó un inesperado soplo de fortuna a la ciudad desahuciada y casi abandonada. Toda esa arquitectura doméstica y popular, ofrecía en silencio su servicio a quien supiera y quisiera entenderla y utilizarla. Y la ocasión de articular espacialmente y posicionar la prácticamente entera administración andaluza era una ocasión excepcional de corrección y dinamización de la ciudad. La adecuada elección territorial de los conjuntos a integrar e intervenir, podrían, además, aportar un interesante factor activador de los sectores urbanos más deprimidos y necesitados. La administración autonómica, sin embargo, eligió un camino muy distinto, seleccionando como futuras sedes administrativas edificios que eran o fueron residencias nobiliarias, o al menos de las clases altas, estuvieran donde estuvieran y muchas veces meros pastiches neorrenacimiento, neobarroco o neoregionalista forrados de neoazulejos valencianos, que siempre hubieran tenido, por otra parte, una buena salida en manos empresariales privadas. Ha sido la última y definitiva puñalada y todo ha desaparecido por fin. Abandono y precios bajos fueron el punto de salida de una gigantesca operación de sustituciones masivas en momentos igualmente aciagos para la cultura arquitectónica de la ciudad. La arquitectura sevillana del s. XX, globalmente considerada, ha sido la peor de cuantas han intervenido en la hechura de la ciudad que nos ha llegado.

Y quizá surge ahora, poco a poco, una nueva y rara ocasión. Una nueva invasión que todo lo puede transformar, la ciudad, la economía, la sociedad. Hace unos meses, en unas jornadas cordobesas sobre las bóvedas de la matsura, a un pequeño grupo de arquitectos invitados por el Cabildo, nos llevaron a la mezquita muy temprano por la mañana para no coincidir con la entrada masiva de turistas.

